

### CAPITULO XXX.

#### MARIA EN MADRID.

La marquesa de Bellaflor habia regresado á Madrid pocos dias después de la desastrosa muerte de don Fermin del Valle, cuya catástrofe la afectó sobremanera, y eso que estaba muy lejos de sospechar que la verdadera causa de este infortunio habia sido su hijo Enrique; pues aunque el desgraciado banquero no se mató por los celos que los amores de su esposa con el hijo de María hubiesen podido despertar en su corazón, como hombre estremadamente pundonoroso, creyóse en el caso de no poder admitir de la mano de su rival los auxilios pecuniarios que habian de salvar su honra, evitándole una quiebra que sin ellos era inminente.

El principal motivo del suicidio del banquero, fué sin duda alguna la falta de valor para sobrevivir á su quiebra, aunque el fatal descubrimiento de que su esposa amaba al marquesito, no dejaría de exacerbar su mal humor y tener alguna parte en la des-

perada resolución de dar fin á una vida que ya bajo ningun aspecto podia serle soportable.

Para hacer mas sensible aquella desgracia, han de saber nuestros lectores que si el honrado banquero hubiese vivido un dia mas, no hubiera necesitado auxilios de nadie, porque pocos momentos después de su muerte, una de las casas que habian suspendido sus pagos, y era precisamente la que debia una cantidad enorme al banquero, halló medios de salir de apuros, y pagó á todos sus acreedores.

A consecuencia de este suceso, antes de que la viuda de don Fermin del Valle hiciese donacion de su herencia á los establecimientos piadosos, fué devuelta á la marquesa de Bellaflor la cantidad que su hijo habia depositado en la caja del banquero.

El desastroso fin del marido de Matilde hizo una impresion tan desgarradora en el alma del jóven Enrique, que al saber la voluntaria clausura de su amada, la respetó profundamente, y ni siquiera quiso averiguar el sitio de su morada; pero tenia el corazón tan adolorido que no gozaba un solo momento de felicidad.

Siempre triste y pensativo, sin atreverse á revelar á su madre la causa de su dolor, desmejorábase de dia en dia su salud, y la marquesa no sabia qué hacerse para consolar á su querido hijo.

—¿Qué te aqueja, Enrique?—le preguntaba una tarde viéndole abatido en un sofá, después de haberse sentado al lado suyo, y asidole la mano con maternal ternura.

—Nada, mamá—respondió melancólicamente Enrique.

—¡Nada... y acabo de ver deslizarse una lágrima por tu mejilla!... ¿Será posible que haya perdido tu confianza? ¿Qué motivos tienes, hijo mio, para no revelarme tus penas? ¿De cuándo acá tanta reserva? Tú, que siempre has confiado á mi amor los

mas recónditos secretos del alma.... tú que sabes que además de madre cariñosa que no tiene otro deseo que el de ver feliz á su hijo, he sido siempre tu mejor amiga.... ¿por qué no me abres ahora tu corazón? ¿No tienes ya en mí la confianza que has tenido siempre?

—¡Madre mía!... —esclamó enternecido Enrique.

—Ánimate, hijo mio... cualquiera que sea la causa de tus pesares confíala á tu mamá. ¿En quién puedes depositar mejor tu confianza? Habla, Enrique... Háblame francamente... y buscaré el medio de aliviar tus penas.

—No hay alivio para mí.

—Quién sabe.... ten confianza en Dios y en tu mamá, hijo mio. Todos los males tienen remedio en este mundo. La imaginación siempre nos pinta nuestras propias desgracias mayores de lo que son, y después... la Providencia suele facilitarnos el remedio... y entonces exclamamos ¿quién lo habia de decir? Y quiero suponer que tus pesares no tengan remedio... ¿por qué no ha de participar de ellos tu mamá? Ahora los sufres solo, hijo mio... Entre los dos podremos conllevarlos mas fácilmente. Cuando se deposita una pena en el amor de una madre.... en el cariño de una tierna amiga, se alivia el corazón de la mitad de su peso... se mitiga la amargura... ¿Por qué no has de buscar tú este consuelo?

—¡Madre de mi vida!...

—¿Lloras, Enrique?

—Sí, mamá... lloro porque me colmas de bondades... y... soy un ingrato.

—Lo serías, si persistieses en ocultarme la causa de tu tristeza; pero confío que me darás el consuelo de verte mas razonable.

—Temo afligirte demasiado.

—Mas me aflige tu reserva, pero si tú me juzgas indigna de tu confianza.... Si es capaz tu pecho de encerrar secretos para tu mamá... no quiero insistir mas... no quiero arrancarte con mi autoridad maternal, revelaciones que me hubiera holgado merecer á tu cariño.

Después de una pausa continuó la marquesa:

—Dime la verdad, hijo mio... ¿amas por desgracia aun á la ingrata jóven que despreció tu amor para casarse con otro?

—He sabido que era inocente.

—Espíciate sin reserva.

—Nunca, mamá, he tenido la menor repugnancia en decirte cuanto pasa en mi corazón; al contrario, tú has sido siempre la depositaria de todos mis secretos, bien lo sabes... mas si ves ahora alguna resistencia de mi parte... es porque temo darte un pesar.

—Mayor pesar me daría tu silencio, Enrique.... ya te lo he dicho antes.

—Matilde era inocente... Julian... aquel hipócrita que á todos nos engañaba, quiso seducirla.... inventó mil fábulas vergonzosas para dar á entender á la pobre jóven que yo solo trataba de deshonrarla.... por eso tuve con él aquel desafío en que salí herido gravemente, y mi larga ausencia favoreció los intentos de mi perverso y falso amigo. Matilde se horrorizó cuando el inícuo le habló de amor; pero se convenció de que tambien mis intenciones eran impuras. Sería largo contarte todos los pormenores; baste saber que se casó con un hombre honrado.

—¿Y conoces á ese hombre? ¿Sabes si es feliz con él?

—No podia haber hallado un mortal mas digno de sus virtudes.

—¿Y amas todavía á esa jóven?

—Mas que nunca, mamá... Lo que siento en mi corazón no es amor... es un delirio indefinible...

—¡Insensato! — exclamó en tono grave la marquesa. — Dices bien, es un delirio; pero un delirio criminal, un delirio que debes alejar de tu mente y de tu corazón si deseas merecer el amor de tu madre.

—Ya he dicho antes que iba á afligirte demasiado.

—¡Sí, Enrique, has desgarrado mi corazón!... ¿Cómo te atreves á ponderar delante de tu madre un amor criminal? ¿Cómo te atreves á decir que amas á una joven virtuosa que tiene un marido digno de sus virtudes?

—¡Madre!

—Calla, miserable... ¿qué puedes alegar en defensa de tan infame proceder?

—Matilde está viuda.

—¡Ah!... ¡viuda!...

—Sí señora... ha perdido á su honrado esposo; pero no debo aspirar á su mano.

—¿Y sabe ella que tú la amas?

—Sí, mamá.

—¿Y sabe que en otro tiempo eran puras tus intenciones?

—Tambien lo sabe...

—Entonces...

—No debe admitir mi mano ni yo su corazón.

—¿Por qué?

—¿Quisiera callarlo, madre mia.

—Si no merezco saberlo todo...

—No mereces la aflicción que voy á causarte.

—Tu misterioso lenguaje me tiene en la mas cruel ansiedad.

—Ya que he de decírtelo todo... has de saber que sin culpa ninguna de mi parte, he sido yo la causa de la muerte de su marido.

—¡Enrique!

—Sí, mamá... yo queria darle la honra... y le asesiné.

—¡Tú!

—Sí, mamá mia... fui causa de que el infeliz se suicidase.

—¡Enrique!

—El marido de Matilde... era... don Fermin del Valle.

—¡Dios mio! ¡qué escucho!

Y la marquesa estremecida se ocultó el rostro entre las palmas.

—Figúrate, mamá — continuó Enrique muy conmovido — cuál seria mi sorpresa cuando me presenté en casa del banquero, y ví que Matilde era su esposa!

—¡Desdichado! ¿Y no sabes que él salvó la vida de mi esposo... la vida de tu padre... la vida de mi padre tambien?

—Sí, lo sabia, mamá, y por eso vine á Madrid deseoso de mostrarle mi gratitud y de salvar á mi vez su honra... Y cuando ví que Matilde era su esposa, después de entregarle la cantidad que necesitaba, traté de huir para que mi presencia no turbase la paz de tan dignos esposos; pero quiso mi suerte adversa presentarme á Matilde al abandonar aquella pacífica morada... Tuvimos esplicaciones... las últimas esplicaciones, porque ambos estábamos resueltos á respetar el honor; pero desgraciadamente nos sorprendió el marido en esta conversacion... oyó mis disculpas... oyó las palabras de amor que su esposa pronunciaba... y presentándose de repente ante nosotros, arrojó á mis piés la cartera de los billetes que habian de salvarle, me obligó á tomarlos... y me arrojó de su casa.

—¡Dios de bondad!...—esclamó María llorando con amargura.

—Pero yo me empeñé en salvar su honra, y entregando á su cajero la cartera que él rehusaba, salí dirigiendo votos al cielo por la dicha de aquellos dos esposos.

—¿Y luego?

—Luego...—añadió sollozando Enrique—creyendo el pundonoroso banquero que era inevitable su quiebra... Ya sabes, mamá, de qué modo murió el infeliz.

—¿Y su esposa?

—Supe que se habia retirado á un santo asilo... no quise averiguar cuál era... su resolucion es digna de su virtud... y no quiero turbar la paz de su alma.

—Bien, hijo mio...—repuso la marquesa enjugándose las lágrimas.—En medio de tan lamentable desgracia, me queda el consuelo de ver que te has portado en ella como hombre de honor. Sigue respetando la santa vocacion de esa virtuosa jóven, y toda vez que no puede dejar de ser feliz habiéndose confiado á los brazos del divino Salvador, tú, hijo mio, debes esforzarte por olvidarla para siempre.

—No puedo, mamá.

—Tú podrás, Enrique, si llegas á convencerte de que es el mejor medio de darle una prueba de lo mucho que la amas. Haz por su felicidad el sacrificio de tu amor. Procura distraerte... ¿Qué alcanzas pensando en quien no puede ser para tí?... Animo, hijo mio... Tu melancolía no sirve mas que para quebrantar tu salud y mortificar á tu mamá. Siquiera por mí debieras hacerte cargo de la razon; de otro modo llegaré á creer que no me quieres.

—¡Que no te quiero!... Si no te quisiera... hubiera seguido el

ejemplo del honrado anciano... La muerte dá fin á todos los infortunios.

—¡Enrique!

—No, no temas, mi querida mamá.... mientras tú existas, tengo deberes que cumplir en el mundo, deberes que hacen la dicha de los buenos hijos.

En este momento se aumentó el número de interlocutores con la presencia de Godinez é Isabel, que aparecieron asidos de la mano.

Enrique se apresuró á besar la mano del venerable viejo, que le recibió afectuosamente en sus brazos.

La niña Isabel llevaba un cucurucho en la mano, y entregándolo á su madre, dijo con alegría:

—Mira, mamá... son merengues que me ha traído el abuelito.

—Tu abuelito siempre te hace regalos por ese estilo, y luego te pones mala... ¿No sabes que los dulces crian lombrices?

—No los comeré todos ahora, mamá—respondió la niña.—Tú me los guardarás, porque si me los comiera todos seria una golosa... y es pecado ser golosa... verdad?

—Ya se vé que sí—respondió la marquesa—y además, el comer dulces hace caer los dientes.

—¡Sí?... ¡ay que miedo!... pero no comiendo mas que un merengue no se me caerán los dientes, verdad?... ni tendré lombrices... ¿verdad que no?

—Si no te comes mas de uno, no, hija mia.

—Pues dame uno... y otro para Enrique.... y tú y el abuelito que sois mas grandes, os comereis dos cada uno.

—Yo no quiero, hija mia.

—¿Temes que te hagan lombrices?

—Préfiero guardártelos.

—Y los míos también—dijo riendo Godínez—no quiero que me hagan caer los dientes.

—Anda, miedoso!...—esclamó en tono de burla Isabel.—Pues entonces los guardarás para mí y para Enrique.

—¿Cómo has dicho?—replicó la marquesa.

—Para Enrique y para mí, quería decir—contestó ruborizada la inocente niña.

—Eso es otra cosa... Toma el merengue, y un beso.

—Y otro beso usted, abuelito—dijo la niña.

—Sí, hermosa mía, con mucho gusto.

Y después de recibir las caricias de su madre y de su abuelo, llevó Isabel otro merengue á Enrique, y permanecieron los dos hermanos algo separados de su madre y de su abuelo mientras duró el siguiente coloquio:

—Y tú ¿cómo estás, María?—preguntó Godínez á la marquesa.

—Yo muy bien, padre, si no fuera la ansiedad en que me tiene el peligro que corre mi Luis.

—Tu Luis no corre peligro alguno.

El lector ignora aun que ya tenemos al marqués de Bellafior en campaña. Relacionado con los directores del glorioso alzamiento, fué de los primeros que se lanzaron al peligro, y formaba parte de los pocos paisanos que acompañaban al ejército libertador.

—He leído un impreso, en que dice el gobierno que ha conseguido una victoria sobre los sublevados, y estoy tan desazonada.....

—Ríete de eso... Los que han obtenido una victoria completa, han sido los valientes que salieron de aquí con el general Dulce.

—¿Luego es verdad que han llegado á batirse?

—Es cierto; pero nada tienes que temer.

—¡Válgame Dios!... siempre en continua zozobra.

—Te repito que Luis no ha podido correr el menor riesgo. Por los preparativos que desde el amanecer he notado, conocía yo que el gobierno trataba de hacer salir una expedición contra O'Donnell, y deseoso de ver por mis propios ojos lo que pasaba, he dirigido mi paseo hácia el Prado, he figoneado por allí un poco y me he subido al Retiro para tomar posesión de una altura. No pudiendo satisfacer á gusto mi curiosidad, me retiraba ya á la caída de la tarde por la parte inmediata á la puerta de Alcalá, cuando una inmensa gritería ha llamado mi atención. ¡Qué espectáculo tan vergonzoso para el gobierno! Las tropas que habían salido en persecución de O'Donnell, entraban desbandadas y en desordenada fuga. Esto lo hemos presenciado millares de testigos, hemos hablado con los derrotados, les hemos oído ponderar el valor con que daban los sublevados sus cargas sobre la artillería, y la precisión en que se han visto las tropas de Madrid de replegarse junto á las mismas tapias, donde ha entrado repentinamente el desorden á consecuencia de una alarma que les ha puesto en precipitada fuga. Y después de esto se atreve el gobierno á anunciar que ha conseguido una victoria sobre los sublevados! Cuando he oído á los ciegos que así lo pregonaban, me he figurado que estarias inquieta por la suerte de tu marido, y por eso vengo á tranquilizarte y á decirte que no creas nada, absolutamente nada de cuanto digan los partes del gobierno, porque al pobre no le queda ya mas esperanza que la mentira. No se pasa una semana sin que las tropas de O'Donnell hagan su entrada triunfal en la corte, y entonces volverás á ver á tu Luis para no separarte mas de él.

- ¡Dios lo quiera!
- Y lo querrá... pues ¿qué ha de querer Dios sino que triunfe la justicia? Ahora que confío estarás mas tranquila...
- ¡Oh! sí señor... estoy muy contenta... ¿Cómo no he de estarlo después de oírle decir á usted, que estrecharé pronto en mis brazos á Luis para no separarme ya de él?
- Pues bien, me permitirás que me retire...
- ¿Tan pronto?
- Es preciso.
- Siento un consuelo tan dulce cuando tengo á usted á mi lado!.....
- En casa me esperan; y aunque les he dicho que regularmente volveria tarde, estarán con alguna ansiedad.
- ¿Y no ha comido usted?
- Sí, hija mia, yo siempre como á las doce... á lo albañil.... ¿Te ruborizas de tener un padre que ha sido albañil?
- Mi padre siendo albañil, valia mas que todos los magnates del orbe juntos.
- Tú no tienes voto en esta cuestion, María.
- ¿Por qué?
- Porque eres parte interesada. ¡Ea! á Dios, hija mia, que en casa estarán con cuidado.
- ¿Y Manuel?
- Tan contento con su Carolina... que ha entrado ya en los cinco meses de su embarazo. Ya ves, luego tendré otro nieto... no teneis compasion de mí.
- ¿Por qué dice usted eso?
- Porque todos os dais tal prisa en hacerme abuelo, que no sé dónde iremos á parar. El primer dia se casa tu Enrique y apare-

- ce otro vástago á honrarme con el nombramiento de bisabuelo. ¡A Dios! ¡á Dios!
- Un abrazo de mi parte á Carolina y otro á Manuel.
- Mal podrá dársele sino lo recibo antes de tí— dijo abriendo los brazos el amable anciano.
- Con mucho gusto, padre mio— repuso María arrojándose á los brazos de su padre, y después de recibir el beso que imprimió en su frente el venerable viejo, añadió:— Y mil gracias por la visita..... ¡Venirse de tan lejos!.... Ahora se volverá usted en mi carretela. Voy á llamar á Tomás...
- Tengo la mia á la puerta de la calle.
- ¿La de usted?— preguntó riendo la marquesa.
- La mia, mientras dure el ajuste.
- Pues pague usted al cochero, y voy á llamar á Tomás para que enganchen en la mia los caballos... Irá usted mejor...
- De ningun modo... ¡A Dios!... ¡á Dios!
- ¿Se vá usted ya?— preguntó Enrique aproximándose con su hermanita hácia su abuelo.
- Sí, hijo mio...— y dirigiéndose á la marquesa, añadió:— está hecho todo un hombre... es un arrogante mozo... un retrato de su padre.
- Y le abrazó y besó con afectuosa espresion.
- ¡A Dios, abuelito!— dijo Isabel.
- ¡A Dios, envidiosilla!... tú quieres tambien otro abrazo.
- Y después de colmar de caricias á Isabel, le acompañaron todos hasta la escalera, repitiéndose iguales demostraciones de cariño.